

PANEGIRICO DE LA LENGUA HEBREA *

Prelusión

Con todo el entusiasmo y sinceridad de mi corazón ponderaré en otra ocasión la "Grandeza del pueblo de Israel"¹, sus excelsos atributos y singulares preeminencias. Invitado nuevamente a esta comunicación ideológica y sentimental, para mi tan grata, entre los infinitos temas —y no es hipérbole— que podrían tratarse, concernientes a la historia, psicología y patrimonio espiritual del judaísmo, elegí el que más íntimamente está ligado a la entraña de todo pueblo o nación, constituyendo lo más "propio" y privativo de cada uno, como su mismo nombre indica: el *idioma*. Así, pues, el argumento de esta charla con honores de disertación será un canto a las excelencias y primores de la lengua hebrea, como adecuado complemento a mi anterior conferencia.

* Las eventualidades en la organización de conferencias o ciclos de éstas determinan con frecuencia diversos azares: a veces, las anunciadas no llegan a pronunciarse; otras, por el contrario, las circunstancias imponen la improvisación. Esta que aquí se publica, al cabo de varios años de su preparación, pertenece a las primeras. Hay temas que son de perenne actualidad, frente a la fugacidad de otros muchos, flor de un día. La lengua, literatura, historia y azares del que Lacordaire llamó: «ce peuple immortel répandu partout» sigue estando, y con creces, en estos últimos años como hoy día, en un primer plano de la actualidad mundial. Por eso creemos de interés la publicación de este trabajo, cuyo lenguaje y estilo claramente se advierte son los propios de una conferencia (D.G.M.).

¹ Título de la conferencia pronunciada en Casablanca el 15 de diciembre de 1951.

Varias son las razones que abonan la elección del tema, aparte su intrínseca valoración: la especialidad profesional y docente, determinada precisamente por un espontáneo y fervoroso amor a la lengua santa desde mis años estudiantiles, la condición del auditorio, cuya sensibilidad yo quisiera que vibrase como arpa eólica besada por el viento al compás de mis palabras, y, en fin, la actualidad misma alcanzada en el área lingüístico-literaria y en el mismo orden político por el viejo idioma bíblico, cuya reviviscencia como lengua hablada, al cabo de casi tres milenios en que dejó de serlo, es una faceta más que admirar en ese abismo de misterios y maravillas que se llama *Israel*.

* * *

Ya el título mismo prenuncia el tono panegirista que ha de revestir mi conferencia, y que no rehuiré, como obligado tributo a la belleza, nobles atributos y sin par primacía de la lengua por antonomasia "santa". Para desentrañar y poner de relieve las altas prerrogativas y exquisitas perfecciones que avaloran el idioma hebreo, no aplicaremos el bisturi anatómico, a ejemplo de una desatentada crítica lingüística y literaria hoy tan en boga, que opera sobre el lenguaje y producciones del humano ingenio como lo haría sobre un cadáver. Una lengua es un elemento vivo, vibrante, radioso, un destello del alma, el eco gigante de mil generaciones y la llama inmortal de preclaros talentos. La lengua hebrea representa todo eso y mucho más: es la voz tonante de los profetas, la incomparable melodía de egregios cantores a lo divino, la expresión teocrática de una Ley eterna, el acento ultraterreno del Dios del Sinaí. Indigno sería, por lo tanto, deslustrar una materia tan eximia aplicando menguados criterios con una visión de corto alcance.

Lejos de nosotros, sin embargo, el insulso devaneo tras lo nebuloso e inconcreto, las vacuas ineptias y los malabarismos oratorios; y aun más todavía las afirmaciones gratuitas, los escauceos ensayistas y los infundados elogios. Por eso, y para que no parezcan parciales o arbitrarios mis asertos, disculparéis que de pasada nos asomemos alguna vez a los severos laboratorios donde se hace la radiografía de las lenguas. Pero ante todo mis palabras serán encendidas efusiones de amor. Cuando

un estudio se ha adentrado profundamente en el alma y con él una adhesión entrañable hacia ese rayo de luz esplendorosa convertido en savia del espíritu, con qué placer y hasta elocuencia “habla la boca de la abundancia del corazón”.

Los cánones de la belleza, repartida por doquier y sobre todo en las lenguas, y las leyes del análisis que rigen toda investigación, exigen considerar la armonía del conjunto y los primores del detalle, la expresión y el dinamismo que la promueve, los ocultos resortes de la causa y el efecto, las relaciones entre la materia y la forma. Este será nuestro método en la presente lección de filosofía de la lengua hebrea al par que entusiasta panegírico. Los varios aspectos que sucesivamente iremos recorriendo, como otras tantas notas características que la distinguen, van refrendados, al menos tácitamente, por el testimonio de sabios escritores que cultivaron con fervor el hebraísmo o intuyeron con luz genial los divinos resplandores de “la estrella de Oriente”; pero, sobre todo, son chispas del yunque de la propia experiencia de quien lleva muchos años entregado de lleno al estudio y paladeo de la lengua santa. Esbozemos primeramente un sucinto bosquejo histórico.

Reseña histórica

Ocioso fuera recordar el clarísimo entronque del idioma hebreo en la gran familia semítica, de tan ilustre prosapia, cuyos orígenes étnicos y lingüísticos se pierden en la lejanía de los tiempos. Verosímil es que el protosemítico y su anejo el camítico —prístina unidad indubitable— constituyeran en un estadio muy anterior una misma entidad lingüística con la rama indoeuropea; y así, remontándonos por sucesivas etapas, llegaríamos hasta la lengua primera —el gran misterio del lenguaje humano—, de donde procede toda la infinita gama de idiomas, dialectos y hablas que pululan por el mundo. Sabido es que aun los lingüistas más alejados de las luces de la revelación admiten semejante posibilidad. Ahora bien: ¿cuándo surge el hebreo como habla autónoma en el concierto general de las lenguas del Próximo Oriente? Naturalmente los procesos formativos del lenguaje son lentos, seculares y hasta milenarios. Una

lengua no se disgrega de su tronco de la noche a la mañana, sino que la paulatina corrupción de la lengua matriz, más los agentes políticos, migraciones de pueblos, interferencias culturales y cien otros factores van determinando insensiblemente la nueva individualidad lingüística. Cinco largos siglos de gestación pueden calcularse a las lenguas neolatinas desde que la transformación del latín en el Bajo Imperio originó en los países occidentales que habían integrado el Imperio romano un movimiento de disgregación e independencia lingüística, y otros cinco había de durar el período de formación —infancia y adolescencia— del castellano y demás lenguas romances hasta que lograron consistencia y plasticidad suficientes para expresar todos los rasgos del pensamiento y las lucubraciones de las ciencias. ¿Cuándo, pues, aparece el hebreo como tal, lo mismo que las restantes lenguas semíticas? ¿Durante el tercer milenio anterior a nuestra era, o sea mucho antes de que Abraham saliera de Ur Casdim en dirección a la tierra de Canaán? Tal vez. ¿O hay que retrasar la data hasta el siglo XV (o quizá el XIII), es decir la época mosaica? Por otra parte, ¿dónde exactamente, y por quiénes se habla primero esa lengua, tan semejante al fenicio, al moabita y al arameo? Enigmas. Su nombre más antiguo en la Biblia es el de *šəfat kənáʿan*, “lengua de Canaán”, y este hilo de Ariadna de su nombre primigenio puede guiarnos por el intrincado laberinto de las conjeturas con certera orientación.

El clan abrahamita, procedente de Caldea y tal vez contemporáneo de Hammurabí, hablaba con toda seguridad el acadio, lengua también semítica. ¿Sustituyó este idioma por el *šəfat kənáʿan*? ¿O bien se produjo una mezcla entre ambos, que originó la lengua del pueblo de Dios? Vemos que los interrogantes y las hipótesis se multiplican, aun sin hacer mérito de otras teorías excogitadas por los eruditos, algunas sobrado fantásticas y hasta descabelladas. Lo cierto y positivo es que la gran familia de Jacob —las setenta almas que con él bajaron a Egipto (Gn 46²⁷ y Ex 1⁵)— oyeron allí una lengua desconocida, como dice el salmista (Sal 81⁶) y constata el Génesis en la historia de José (Gn 42²³). Evidente también —a pesar de la afirmación en contra de los gramáticos Bauer y Leander— que la lengua hablada por el pueblo de Israel al salir de Egipto era la misma

que conservó, pues no cabe pensar que, siendo ya un pueblo tan numeroso y organizado, adoptara el habla de los cananeos, por él en gran parte exterminados o arrinconados, con los cuales Dios le había prohibido reiteradamente toda comunicación y comercio espiritual, máxime no habiendo adoptado la lengua egipcia, a pesar de tan larga convivencia, y en plan de esclavos durante mucho tiempo, con los habitantes del país del Nilo.

La realidad innegable, por lo tanto, es ésta: el hebreo se nos presenta en la Biblia, desde sus más antiguos fragmentos, sean cuales fueren —si es factible determinarlo—, envuelto en los cendales del misterio, y aparece como una lengua ya *madura*, plenamente formada y apta para expresar todos los matices del pensamiento, dentro de la candorosa sencillez de la vida patriarcal. Lo propio acontece con los poemas homéricos, primeros ejemplares conservados de la lengua griega. Sin embargo, en uno y otro caso, el análisis lingüístico, la gramática histórica de uno y otro idioma revelan como indubitable una larga época anterior de formación, hasta llegar a ese grado de madurez, flexibilidad y potencia expresiva. Incluso en el hebreo se advierten, frente a otras lenguas semíticas, como el árabe, claros indicios de un avance evolutivo considerable respecto a un periodo primitivo en que la lengua era más copiosa en vocales, las formas verbales y nominales presentaban mayor homogeneidad, el nombre admitía flexión, la pasiva era más usada, con otras particularidades.

Dentro de la edad propiamente bíblica, en que se redactan los libros del A. T., la lengua hebrea se caracteriza por su gran fijeza, casi inmutabilidad. Señálanse, con todo, dos grandes épocas: *áurea* y *decadente*, correspondientes, la primera a los siglos anteriores a la cautividad babilónica, y la segunda a los tiempos de ésta y siglos subsiguientes. Sin embargo, si se considera la lengua hebrea tal como aparece en los sagrados libros, lo que más llama la atención es su *unidad interior*. A pesar de los mil años o más que separan los libros de Moisés de los más recientes, y a pesar de la diversidad de autores, lugares y temas, aun teniendo en cuenta las características individuales de estilo en cada autor, se observa que la lengua es una e idéntica, tanto respecto a las raíces léxicas como a las formas y construcción.

Desde el acotamiento del canon palestinese, o si se quiere desde la composición del Eclesiástico (circ. 200 a.C.), cuando “la profecía calló”, hasta los Masoretas, se extiende un largo período de más de siete siglos, en que el hebreo, confinado a la Sinagoga y Academias como lengua ritual y sabia, no hablada ya por el pueblo, evolucionó sensiblemente; su monumento más importante, que da nombre al período y a la nueva modalidad lingüística, es la *Miśná*, codificada por Judá ha-Nasí (m. 220 d.C.).

A partir del siglo VI, durante varias centurias la obra colosal de depuración y fijación definitiva del texto bíblico y su sentido absorbe la actividad de las Academias judaicas de Oriente. Estereotipado para siempre el texto masorético, se esboza implícitamente el tipo de gramática que perdurará con él hasta nuestros días, en que el poderoso movimiento antimasorético iniciado no sabemos las consecuencias que traerá en cuanto al texto escriturario y la gramática hebrea.

A partir de la clausura del canon bíblico márcase una bifurcación en el idioma hebreo: por un lado, el lenguaje bíblico, ya inmutable, eterno, que juntamente con el texto escriturario recogen y fijan definitivamente los Masoretas; por otro, el rabínico (que algunos llaman neo-hebreo y sería más acertado denominar meso-hebreo), representado primeramente por la *Miśná* y vehículo de una copiosa y brillante literatura durante la Edad Media, tanto en Oriente como, sobre todo, en Occidente (España).

Pero en la nebulosa medieval no se extingue esa nueva lengua hebrea, rehabilitada para expresar la flamante ideología y progresivas adquisiciones del saber, sino que prosigue su trayectoria evolutiva, con la natural adaptación, sobre todo lexicológica, a los nuevos tiempos y temas tratados. Por fin, en nuestros días, a compás del intrépido movimiento sionista y restauración de *Ereš Israel*, se ha realizado una especie de fusión entre el antiguo hebreo bíblico, de indisputada hegemonía espiritual, el rabínico medieval y el moderno, de mayor flexibilidad y soltura para las necesidades intelectuales y lingüísticas de la civilización contemporánea. El hebreo actual viene a ser, en consecuencia, un sincretismo de todas las modalidades lingüísticas anteriores, muy en consonancia, por tanto, con el carácter de la actual cultura hebrea, la cual, preocupada por la conti-

nidad de la historia judaica y la conservación de sus prístinos valores espirituales expande sus alas para acoger todas las aportaciones de la ciencia y el saber univereal.

Tras esta fugaz síntesis histórica de la lengua hebrea, pasemos a considerar y admirar sus excelencias y blasones.

1. *Lapidaria*

Quizá la nota más destacada en la estructura externa de la lengua hebraica sea su carácter *lapidario*, de insuperable concisión y energía, cualidades en que no la aventaja ni el mismo idioma de aquel otro pueblo nacido para gobernar al mundo. Y es que el pueblo hebreo, su literatura bíblica y su lengua santa habían de ejercer a lo largo de los siglos una hegemonía espiritual inmensamente más alta y perdurable que el bélico dominio de la imperial Roma.

Todos sus vocablos son fuertemente significativos: nombres y verbos; y es tal su expresividad que semejan, cada uno de por sí, sentencias esculpidas con cincel de acero y buril de eternidad sobre el duro mármol, como Job deseaba lo fuesen sus palabras (Jb 19²³⁻²⁴). Las escasas partículas y los pronombres personales van a menudo estrechamente soldados a esos elementos fundamentales del idioma, como prefijos o sufijos, que refuerzan la significación nominal y verbal, enriqueciendo prodigiosamente las facetas semánticas de cada palabra. Simplicísimos morfemas, reducidos casi siempre a una letra, matizan de mil modos la significación de esas palabras. Todos los elementos componentes, a veces hasta siete, se funden armoniosamente en el límpido troquel de una morfología clara, rica y expresiva. Así la palabra hebrea, a pesar de su moderada extensión, que oscila por lo general entre cinco y diez fonemas, incluidas las vocales, constituye una entidad densa, múltiple y polisémica, de recia contextura y primoroso encaje.

La misma escritura cuadrada, de letras totalmente desligadas y gráficamente independientes, tenazmente conservada desde el gran escriba Esdras (s. V a.J.) hasta hoy, presenta cual ningún otro alfabeto un aspecto notoriamente epigráfico, de enérgicos trazos horizontales elegantemente mezclados con el fino dibujo de las líneas verticales.

La acentuación, llana o con más frecuencia aguda, confiere asimismo a la lengua hebrea extraordinario vigor y vehemencia: el marcado ritmo ascendente, que tal acentuación implica, a base del yambo, anapesto y peónico tercero o cuarto, suavemente templado por el balanceo del anfibraco, imprime un sello imperativo y contundente, que en vano buscaríamos en los mayestáticos esdrújulos del latín, henchidos de gravedad, pero de menor ímpetu expansivo, ni en la orquestal sinfonía de la tonalidad griega.

2. *Plástica*

Por lenguaje plástico se entiende aquél cuya "concisión, exactitud y fuerza expresiva da mucho realce a las ideas o especies mentales" (Dic. Acad.). Mejor diríamos quizá, como matiz específico, aquel estilo que vacía los conceptos modelándolos al modo de las artes plásticas sus creaciones, en la materia moldeable de la realidad sensible que les sirve de substrato.

Cuanto más nos retrotraemos en la historia del lenguaje humano, más nos alejamos de lo abstracto, inmaterial y artificioso, y más, en cambio, nos acercamos a lo concreto, palpable y natural. La civilización en muchos aspectos no es sino una evasión del ámbito de la naturaleza hacia el mundo de lo convencional y ficticio. Por eso las lenguas antiguas ostentan un encantador realismo, rebosante de vida y lozanía, que las modernas van encubriendo cada vez más con los tupidos y mortecinos cendales de un convencionalismo artificioso y anodino. Es evidente que en la designación de las ideas metafísicas, abstractas y morales, la humanidad primitiva hubo de guiarse por las analogías del mundo físico, de los seres concretos y de los fenómenos que caen bajo la esfera de los sentidos y su acción directa. En consecuencia, dos factores esenciales pueden conferir a una lengua esa materialidad más acusada en la conceptualización expresada por su léxico. Uno, más bien objetivo, es el carácter arcaico de esa lengua, trasunto, como tal, del primitivismo del pueblo que la formó y de su ingenua mentalidad, llena al propio tiempo de vida y potencia creadora; otro, de índole subjetiva, es la sicología misma de tal pueblo, su tendencia a frenar los inmoderados vuelos de la imaginación con la corta-

pisa de las realidades, pero dando a la vez mayor viveza y colorido a las abstrusas creaciones del mundo racional.

Aplicando estos principios de Lingüística general al idioma hebreo, es notorio el carácter plástico connatural en el lenguaje bíblico, como una de sus cualidades más salientes, y punto de arranque obligado para su más perfecta comprensión y fina captación de sus más sutiles matices. De ahí se deduce su penuria de vocablos adecuados para la expresión de las especulaciones intelectuales frente a la riqueza que ostenta en la designación de los fenómenos naturales. La fecundidad de imágenes en el estilo hebraico y la tendencia a plastificar el pensamiento no solamente tiene trascendencia en el lenguaje poético y en la oratoria lírica de los profetas, sino que presta caracteres inconfundibles a la prosa ordinaria, al habla usual. Basten algunos ejemplos, al azar: "orar a Dios" es *levantar hacia El las manos*; "el hombre" se designa a menudo por *la carne y sangre*; "acción, poder, influjo", están representados por *la mano, la diestra*; los "orígenes", la "historia" particular o general, se expresan por *generaciones*; el "abatimiento", la "melancolía", por *decaer el semblante*; "sentir compasión" es *conmoverse las entrañas*; "bendecir a uno", *poner sobre él las manos*; "obrar con rectitud", *no apartarse ni a la derecha ni a la izquierda*; "ceñirse los lomos" es *aprestarse para caminar o emprender algo*; "casa" es equivalente de la *familia* material o espiritual (v.gr.: Academia, Escuela). Hasta el nombre propio de la persona, especie de doble de la misma, de carácter teóforo muy a menudo y altamente significativo siempre, encierra una valoración y virtualidad que alcanzan la categoría de sino y lema de por vida.

La plasticidad del idioma hebreo se relaciona, pues, como hemos indicado, con la rancia prosapia del mismo, e influye positivamente en su íntima armonía, sello poético, efusión mística y poder evocador, de que seguidamente hablaremos. El principio psicológico de que la idea tiende a convertirse en acto, lo espiritual a materializarse, la materia simple a revestirse de forma se observa claramente en este carácter plástico del hebreo. En tanto que en nuestras lenguas modernas la palabra flota muchas veces como *flatus vocis* sutil y etéreo, en la hebrea adquiere instantáneamente visos de realidad palpable, cuerpo material.

Cabría preguntarse, en consecuencia, si la propensión general de las lenguas a hacerse cada vez más intelectuales —de que no se libra tampoco el hebreo moderno, con respecto al bíblico—, despojándose de las ideas concretas en pro de una mayor abstracción, implica superioridad en relación con el otro estadio lingüístico. “Guardémonos —dice J. Vendryes en su obra sobre *El lenguaje*— de considerar una lengua racional y abstracta, porque tal sea la nuestra, como superior a una lengua concreta y mística. Se trata simplemente de dos mentalidades distintas, que pueden tener cada una su mérito”. En el caso del hebreo, el mérito trascendental de una gran diafanidad, fuerte sentido vital, potente arranque poético, vibrante sentido místico y sugestivo poder evocador son evidentes signos de inequívoca excelencia, que le hacen excepcionalmente apto para la alta misión a que Dios le destinó.

3. *Armoniosa*

Ese ritmo interior que mueve el alma de múltiples maneras y que es como la estilización de todas las fuerzas vitales manifiéstase de modo esencial en el lenguaje, matizándolo de infinitos modos, según los pueblos e individuos, tiempos y lugares. La índole de esa armonía inherente a toda lengua es tan fundamental que determina en gran parte el genio de la misma y la forma de su arte poética.

A través de varios milenios y de lugares mil, que marcan como hitos memorables la peregrinación de Israel errante por el mundo, ha recibido su lengua innúmeras influencias fonéticas, que empañan la limpidez y tersura de su prístina armonía. Hasta diez pronunciaciones distintas de la lengua hebrea enumeró Idelsohn. Sin embargo, el respetuoso tradicionalismo de Israel, la alabanza perenne de la Sinagoga en que diariamente suben hasta el trono de Dios, con el incienso de las plegarias en la lengua santa, la lectura de la Torá y la cantilación de la davidica salmodia; el firme valladar puesto en torno a la Escritura por los laboriosos Masoretas; las meritísimas lucubraciones de los gramáticos medievales, singularmente los de la escuela hispanojudia; la incontaminada transmisión de la prestigiosa

rama sefardí, que supo conservar mejor que nadie los ancestrales usos y costumbres; y, finalmente, la actual revivificación de la lengua hebraica, sabiamente dirigida por doctos filólogos y eruditos lingüistas, nos orientan lo bastante para captar y apreciar las no extinguidas armonías del viejo idioma bíblico.

Si examinamos su nauraleza y contextura, hay que reconocer la extraordinaria riqueza de fonemas que la avaloran, superior quizás a la de cualquier otra lengua del universo. Unos treinta sonidos consonánticos, pulcramente representados con sólo veintidós signos y un punto, y más de la mitad de "mociones" y matizaciones vocálicas, dan un total de medio centenar aproximado de sonidos, que no alcanzan ni el griego ni el latín, como tampoco el sánscrito ni el árabe, a pesar de su proverbial riqueza fonética, ni lengua alguna románica, germánica o eslava entre las europeas.

En ese nutrido conjunto se distinguen variadas agrupaciones atendiendo al órgano, timbre y grado: hay letras *oclusivas* y *fricativas*, subdivididas unas y otras en *labiales*, *dentales* y *palatales*, según su punto de articulación; las hay *guturales* y *silbantes*, ampliamente representadas en esta lengua, como en general en todas las semíticas, en contraste con la escasez y hasta ausencia total de algún grupo en muchas lenguas indoeuropeas; hay hasta cinco *enfáticas*, totalmente desconocidas en las lenguas arias y típicamente semíticas, que marcan un importante matiz en la economía del lenguaje; y, finalmente, están las *nasales*, *líquidas* y *semivocales*, todas ellas de gran movilidad, que originan diversos fenómenos fonéticos. Cabe, asimismo, distinguir entre las oclusivas, fricativas y gutural enfática otro matiz, según que vibren o no en su emisión las cuerdas vocálicas, y tenemos: *sonoras* y *sordas*, distinción notoria en todas las lenguas indoeuropeas.

Todo este múltiple conjunto de fonemas constituye el armonioso teclado, con variedad de registros, de la lengua hebrea, apto para producir acordadas melodías. El acento, alma de la palabra, dotado de mayor elasticidad que en otras muchas lenguas, sin llegar a la del griego, armoniza ese sistema al par que le presta singular viveza y expresión.

Los pacientes y sutiles Masoretas, afinando el atento oído a los matices y variedades fonéticas, crearon un sistema comple-

tísimo de signos y acentos para la correcta prosodia, indicando toda una gama de variaciones fónicas y tonales que no se representan gráficamente en nuestras lenguas.

La entonación, ese aspecto musical, y por ende artístico, que tan subido realce confiere al idioma, y tan lastimosamente está descuidado, salvo excepciones, en nuestro tiempo, fue objeto de toda la solicitud y esmero por parte de los Masoretas. Para ellos los acentos son *te'amim*, "gustos", lo que da sabor al habla, o también *n'ginót*, "melodías". Conocida es la compleja y minuciosa serie de acentos disyuntivos y conjuntivos, prosaicos y poéticos. Salta a la vista que si tan meticulosa atención hubieron de poner para matizar adecuadamente la lectura del sagrado texto, fue sencillamente para captar toda la musicalidad encerrada en la lengua hebrea.

Nada extraño, por lo tanto, que unánimemente los autores encomien la armonía de esta lengua, elegida por el mismo Dios para que en ella se cantaran sus excelsas alabanzas por los más egregios vates de la humanidad. "El hebreo,, bien pronunciado, es a mi juicio —escribía un hebraísta francés del pasado siglo, conocedor de muchas lenguas²—, la más pintoresca, la más poética y la más musical de todas las lenguas". A ella, con más razón que al griego, podrían aplicarse estos hermosos versos de André Chénier:

"Un langage sonore aus douceurs souveraines,
Le plus beau qui soit né sur des lèvres humaines".

4. *Expresiva y rica de sentidos*

El fin primordial y único en realidad, si bien se mira, del humano lenguaje es la expresión del pensamiento, la exteriorización de los estados de conciencia. Por consiguiente, aun cuando con los recursos infinitos, unos primordiales y otros subsidiarios, que las lenguas atesoran, todas ellas puedan expresar cumplidamente las ideas de sus hablantes, al menos en su estadio formativo más perfecto, hay que reconocer en la escala de valoraciones mayor grado de perfección en aquéllas que presen-

² A. LATOUCHE, *Racines grecques ramenées aux langues orientales et occidentales...* 1852, p. 3.

ten una mayor expresividad en su léxico y formas gramaticales. Ahora bien, no olvidemos que la verdadera riqueza en las lenguas no se valúa por la exuberancia y frondosidad de sus dicciones, tantas veces inútil y hasta nociva, sino por la fecundidad semántica de éstas. El hebreo en este orden es verdaderamente admirable. Tal como se nos conservó en su modalidad bíblica es cierto no cuenta un léxico muy abundante, como se ha repetido tantas veces. Hasta se ha registrado exactamente el número de dicciones contenidas en el A. T.: 5.642, según Leusden. El vocabulario corriente supone unas 500 raíces y el total como máximo apenas excede de las 2.000. Dado que los libros sagrados solamente representan una parte restringida de la antigua ideología hebrea, no puede afirmarse con absoluta seguridad si el hebreo clásico era o no copioso en vocablos; si bien hay motivo para suponer lo segundo, y en todo caso hemos de atenernos al caudal conservado, con su rica polisemia.

“Lengua de pocas palabras y de cortas razones, y ésas llenas de diversidad de sentidos”, dice Fr. Luis de León, en el prólogo a su *Exposición del Cantar de los Cantares*. Esta y otras particularidades, como las dos primeramente indicadas, hacen en extremo dificultosa la traducción del A. T., mucho más que la de cualquier otro libro antiguo. De ahí que, como afirmaba Lutero³ y transcribe Walton en su *Políglota*, “pretender obligar a los profetas hebreos a hablar en alemán u otra cualquier lengua es como obligar al ruiseñor a que abandone su dulcísima melodía para imitar el son del cuclillo”.

Ya el traductor griego de la Sabiduría de Ben Sirac (Eclesiástico), perito en ambas lenguas y nieto del autor, pedía indulgencia en el Prólogo, si “a pesar del esfuerzo aplicado en la versión, no logró dar a las palabras la debida expresión, pues las cosas dichas en hebreo pierden mucho de su fuerza al ser traducidas a otra lengua.” San Agustín refiriéndose a la Sagrada Escritura profiere el siguiente elogio, extensivo asimismo a la lengua hebrea: “Entre otras propiedades de la divina Escritura, no es la menor el que cualquier pasaje es tan pletóri-

³ Sabido es que tradujo pulcramente la Biblia al alemán; esta versión todavía es muy estimada entre los protestantes alemanes y fue tal su influencia que fijó la moderna lengua alemana.

co y copioso que puede admitir varias interpretaciones, todas ellas buenas y piadosas.”

Fonética y semántica guardan a menudo estrechas relaciones, de tal manera que las analogías fónicas coinciden generalmente con analogías de significación, cosa que ocurre con mucha frecuencia en hebreo: v.gr., *hayāh*, “ser”, y *ḥayāh* (con *ḥ* enfática), “vivir”, que es una forma más intensa del ser; *šalah*, “enviar”, y *šalak*, “arrojar”, son dos ejemplos expresivos. Pues bien: paralelamente a la riqueza de sonidos, que hemos destacado anteriormente, es digna de consideración esta abundancia y coordinación de sentidos.

La onomatopeya —pese a la menguada atención que le prestan algunos lingüistas— es una de las fuentes más sugestivas de expresividad en los idiomas, y poderoso instrumento, que aprovecharon todos los grandes poetas, para conseguir peregrinos efectos de armonía imitativa. Ese valor prosódicamente significativo del léxico hebreo, todavía no estudiado a fondo, aunque bien lo merece, nos hace columbrar remotas lejanías en la historia de las lenguas, e intuir el proceso natural y genético en la evolución del lenguaje. Y en el florido campo de la expresión poética nos ofrece la clave de recónditas armonías encubiertas al profano y vigorosos medios de emotividad estética. Singularmente el libro de Isaías y el Salterio son un repertorio copiosísimo de bellezas literarias y estilísticas de todas clases, de figuras poéticas, de dicción, tropológicas y de pensamiento, muy superiores a las que pudieran hallarse en Homero, Virgilio y los más grandes poetas de todas las literaturas. Comprendemos la gravedad de tamaña afirmación, mas la mantenemos íntegramente.

5. *Evocadora*

Prendidas en los élitros sutiles y policromos de las palabras, cargados con el polvo irisado de los siglos, van infinitas evocaciones que prestan al lenguaje un colorido especial y ensoñador encanto. Cuanto más remota sea la antigüedad de una lengua y más rebotante de contenido la historia interna y externa del pueblo que la habló, mayores serán las sugerencias que matizan esos vocablos. ¿Y qué lengua habrá comparable con la hebreo, portavoz de las divinas revelaciones y de los coloquios de

Jehová con sus profetas y su pueblo, oráculo venerando de los orígenes del mundo y de la humanidad, estampa viviente de la historia y avatares del pueblo elegido, el único superviviente que cuenta cuatro mil años de existencia, y vehículo de la más sublime literatura? Tiene la frase hebrea en el texto escriturario tan singular hechizo que se siente el lector mágicamente transportado a ignotas edades, cuando la Sabiduría de Dios se complacía en habitar entre los mortales, les dictaba sus leyes y preceptos, les conminaba el castigo por los errores y desvaríos o bien les anunciaba sus salvadoras consolaciones. “Una lengua semítica como el hebreo —escribe el P. Jouiou en el *Avant-propos* de su excelente *Grammaire de l’hébreu biblique* (p. VIII)— produce la impresión de un mundo nuevo: el sistema fonético encierra valores desconocidos en nuestras lenguas, la morfología y la sintaxis usan de procedimientos en todo diferentes de los nuestros”.

El carácter deliciosamente arcaico que se trasluce en la lengua hebrea es como un trasunto de pretéritas civilizaciones, y rebosa todo el candor y fragancia de las pristinas costumbres patriarcales. Más todavía: el metal de sus sonidos y las ondas de su ritmo son voces de cielo, ecos de eternidad. Leyendo el texto bíblico en su lengua original se siente uno verdaderamente transportado al paraíso terrenal, donde escucha la voz de Dios y del universo, acompaña a los patriarcas en sus peregrinaciones por el país de Canaán y a los hijos de Israel a través del desierto; se pasea por “la tierra que manaba leche y miel”, se percibe el viento impetuoso del Líbano, las auras del Carmelo y el Sarón. Oyense las incomparables melodías del arpa davidica, los líricos arranques de Isaías, los trenos jeremiacos, las tremendas predicaciones de los profetas, las fatídicas imprecaciones del patriarca de Idumea, los suavísimos deliquios del Cantar de los Cantares.

El placer insospechado que experimenta un arqueólogo al exhumar viejas ciudades y reconstruir sobre su solar y polvorientas ruinas civilizaciones antiquísimas, lo siente, y mucho mayor, por más espiritual, el que se adentra bien pertrechado de conocimientos filológicos por las páginas sagradas del divino Libro.

Pero tiene además el texto bíblico una virtud especial y úni-

ca, por tratarse de un libro de tamaña trascendencia, que ha sido objeto de constante estudio y comentario hasta hoy: y es que cada una de sus palabras suscita mil ecos poderosos por todos los ámbitos de Occidente, y, lo que vale más, en el seno de los humanos corazones.

6. *Filosófica*

Nadie considere extraño al análisis de las lenguas la aplicación de principios filosóficos, pues, aparte de las obvias relaciones existentes entre ciertas ramas como la Lógica y aún más la Psicología y la propia Ética con la Gramática o la Lingüística, la Filosofía en su acepción de "ciencia superior de todas las cosas y de todas las ciencias", dedica su investigación y aplica sus normas soberanas e indeclinables criterios a todas las actividades humanas, singularmente a las que como el lenguaje y las lenguas constituyen un proceso sico-físico de singular interés y extraordinaria trascendencia. La Filosofía del lenguaje ocupa un lugar destacado entre las disciplinas filosóficas, y la Lingüística podría definirse como "filosofía de las lenguas".

Entusiastas hebraístas y apasionados maestros de la lengua santa en el pasado siglo ponderaron la profunda filosofía de la misma. "La lengua hebrea —escribía uno de ellos⁴—, por su estructura toda, es la más genuina aplicación de la Gramática general, y merece, bajo ese concepto, que se la estudie por todo filólogo, como por todo cultivador de la filosofía. Y, por otra parte, aunque rara y exótica para nosotros, así por sus caracteres como por sus procedimientos, es dicha lengua de fácil comprensión, por ser siempre razonada y filosófica, además de la sencillez que en todos sus procedimientos la acompaña". Y otro denodado paladín, que siempre insistió mucho, hasta en el título mismo de su gramática hebrea, en la profunda filosofía de esta lengua, afirmaba: "La suma filosofía del hebreo es la causa de que genios superficiales y poco pensadores no le hayan dado toda la importancia que reclamara su alto origen y

⁴ M. VISCASILLAS, *Nueva gramática hebrea*, 1895, p. 2.

privilegiado destino”⁵. Y en otro lugar la llama: “Magnífica e indestructible puerta de la sabiduría y de las ciencias”⁶.

Walton, en su disquisición sobre la lengua hebrea⁷, dedica el párrafo 27 a la “perfección” de esta lengua, y el anterior a su “prestancia”. Resalta su perfección en la pureza de las palabras, su energía y elegancia, así como en su poder de expresar las cosas *apte et accomodate*, hasta el extremo que no hay lengua que en esto pueda compararse con ella. La contextura filosófica que testificamos se pone de manifiesto en la simplicidad, constancia y vigor de los principios que informan este idioma, tanto en su fonética como en su morfología y sintaxis, así como en la adecuada significación de sus vocablos, la lógica de sus leyes formativas, el rigor y uniformidad de sus cánones, la naturalidad de sus procesos y la jerarquización en las categorías gramaticales. Desarrollar todos estos enunciados equivaldría a trazar un esquema gramatical completo; baste, por lo tanto, con dejar bien sentada y patente esta cualidad tan eximia de la lengua hebrea.

7. *Mística*

Varias son las acepciones del término “misticismo”, significando ora “vida contemplativa, vuelo impetuoso del alma hacia Dios”, ora “comunicación directa entre el alma y su Creador en la visión intuitiva o en el éxtasis”, ora “esfuerzo de la mente humana por asir la esencia divina o la realidad última de las cosas”.

Innata es, en efecto, la propensión del hombre a inquirir todos los secretos de las cosas humanas y divinas, a interrogar a la naturaleza y escudriñar el trasfondo del mundo real y el aún más maravilloso del espíritu y sus portentosas creaciones. El hombre se siente sobrecogido de asombro y pavor ante los arcanos del mundo, de Dios y de sí mismo y pretende intuir o

⁵ A. M.^a GARCÍA BLANCO, *Diqduq. Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, 1846, I, pág. 280.

⁶ *Ibid.*, p. 6.

⁷ S. S. *Biblia Polyglotta*, 1657, t. I. Pról. VII, S. 3: *De lingua hebraica, eius antiquitate, conservacione, mutatione, praestantia et usu*, pp. 14-30.

adivinar a través de esos velos todo un complejo sorprendente de novedades y teorías.

Aplicada al lenguaje la voz "misticismo" tiene especial significación, pues implica cierto sentido oculto y misterioso, al par que un poder mágico que la palabra posee —o se le atribuye— y que puede alcanzar extraordinaria y múltiple trascendencia.

El lenguaje humano, a pesar de las infinitas variedades que reviste, en forma de lenguas, dialectos y hablas especiales, es un instrumento por esencia imperfecto para expresar los innumerables matices del pensamiento y sicología humana. El hombre, que a diario comprueba esta ineludible deficiencia en el sentido obvio y natural de los vocablos, busca secretas intenciones y claroscuros tanto en el habla corriente como en las creaciones literarias. En consecuencia, tanto el *terminus a quo*, o agente emisor del lenguaje, como el *terminus ad quem*, o agente receptor, ha creado todo un sistema alegórico y figurado. Pero hay más todavía. Se ha llegado a rodear ciertas palabras, frases y fórmulas de una aureola de misterio y oculta virtualidad, que les confiere especial dignidad y poder. Singularmente en el orden religioso y de las supersticiones esa potencialidad adquiere extraordinario relieve.

¿Y dónde más que en la religión hebrea y en la lengua santa, eternamente vinculada a los misterios sobrenaturales, encontraremos ese poderoso y arrebatador misticismo? En todas las lenguas y literaturas pueden señalarse vislumbres místicas, como vestigio de las creencias religiosas, mitos y leyendas, alegorías y simbolismos profesados por los pueblos; pero un *misticismo lingüístico* tan acusado como en la lengua hebrea no se da en ninguna otra. Así pudo desarrollarse toda una exégesis mística de la Sagrada Escritura desde tiempos muy antiguos, que dejó profunda y perenne huella en el idioma bíblico, cuando no tuvo en él precisamente su punto de partida. Ese afán inquisitivo de recónditos misterios que dominó a ciertos hombres de exaltado misticismo y poderosa imaginación, rebasando muchas veces los límites racionales en alas de quiméricas intuiciones, culminó en las doctrinas esotéricas de la Cábala, *παράδοσις μυστικατέρα*, es decir "tradición no escrita, sino más íntima y oculta", el reino más asombroso y fantástico de los misterios.

Judíos y cristianos en todo tiempo han prestado entusiasta

atención y piadoso asentimiento a la interpretación mística del texto bíblico, como una de las auténticas fuentes de la revelación, y han profundizado sutilmente en el oculto sentido insito en tantos vocablos hebreos.

Los ascetas esenios, el cultísimo Filón de Alejandría, que tanto influyó en los Padres de la Iglesia, eminentes sabios de Israel en la mole inmensa de sus comentarios bíblicos, exegetas y doctores del cristianismo han pagado en todo tiempo cuantioso tributo a la interpretación alegórica, típica, espiritual de la Sagrada Escritura. De modo especialísimo nos interesan, para el estudio del misticismo que encierra la lengua santa, las investigaciones gramaticales y lexicológicas, singularmente las de la escuela hispano-judaica, venero inexhausto de sugerencias y sutiles perspectivas. El nombre mismo de Gramática, *Diqdúd*, "sutileza", es altamente significativo. Todo en ella es misterioso: el nombre figura y valor múltiple de las letras, las funciones de los acentos, el trilateralismo de la raíz —el gran misterio de las lenguas semíticas, en frase de W. Wright—, la estructura y semántica del nombre y verbo, la ordenación fraseológica. Pero donde más campea ese misticismo es en el vocabulario. Siendo como es esencialmente religioso el lenguaje bíblico, todas sus voces están cuajadas de misterios y arcanos y henchidas de resonancias ultraterrenas: el Tetragrámaton divino, toda la onomástica, en que tanto predominan los nombres teóforos, la Antropología lingüística, la designación de los fenómenos naturales, en suma, parte considerable del léxico hebreo encierra profundos significados que son como otras tantas revelaciones a quien sabe desentrañarlos. Pero, además, contienen insuperable virtualidad, por ser palabras unguadas por el espíritu de Dios.

8. *Poética*

La poesía es un modo fundamental del ser humano, de ahí que en todas las lenguas haya alcanzado brillante manifestación. Su fin substancial se cifra en la transfusión del mundo ideal en el real, y la sublimación de éste a las cimas de aquél. Mas para que tan alta finalidad pueda conseguirse se necesitan almas llenas de nobles ideales y una lengua capaz de plasmarlos,

para que la belleza del asunto revista la de su expresión sensible

Gran parte de la literatura bíblica —expresión la más cumplida del alma ardorosa de Israel— pertenece a los géneros poéticos, y aun puede afirmarse que toda la Palabra de Dios está impregnada de un hondo sentido poético, que se infiltra suavemente en el alma. A todos los libros de la Biblia pueden aplicarse, aunque en distinto grado, las palabras de Fr. Luis de León en el preámbulo a sus *Traducciones sagradas*, donde pondera la sencillez y sabor de antigüedad, lleno de dulzura y majestad, del texto original.

La lengua hebrea es eminentemente poética, como han afirmado tantos hebraístas y literatos, singularmente Herder, profundo conocedor de la poesía bíblica; las esencias de ésta son oro purísimo de la mejor ley. El impetu vital y la intensidad del sentimiento y de la acción, fuentes inextinguibles de toda poesía, encuentran en la contextura de este idioma los más poderosos recursos. Tal tenía que ser la lengua elegida por Dios para que los más sublimes poetas, los más egregios cantores de la humanidad —pues tales fueron los vates bíblicos— modularon con instrumento digno los arrebatados lirismos de su alma, enardecida por el influjo divino, los cantos latréuticos en honor de Jehová y los acentos de contrición del pecador arrepentido.

Ese enardecimiento poético del alma israelita, que tan fuertemente vibró al compás de sus poetas, y el calor poético que anima a la lengua hebrea, forman un círculo armonioso de mutuas irradiaciones y recíprocas interferencias: el idioma de un pueblo influye poderosamente en su sicología y proyección artística, y éstas a su vez moldean y vivifican las características del idioma.

“David es el primero de los poetas del sentimiento, el rey de la lírica —dice el gran poeta lírico Lamartine— y añade: “Leed los líricos latinos y griegos después de un salmo: ¡cómo palidecen!” Os confieso que muchas veces hice la prueba y me pareció ir de la luz a las tinieblas, de la vida a la muerte. Tan subido elogio debe hacerse extensivo, por ley natural, a la lengua davidica, toda vez que la forma externa, no ya sólo la in-

terna, es un elemento de primer orden en toda creación literaria.

9. *De venerable antigüedad*

Tanto en la prosapia familiar como en la alcurnia de los pueblos se estima cual un blasón la remota antigüedad, como signo de vigorosa vitalidad patentizada en su larga pervivencia. Semejante timbre de honor ha de reconocerse también a las lenguas, sobre todo cuando, como en el caso del hebreo, se da el milagro de mantenerse en el curso de varios milenios tenazmente idéntico y adaptado, no obstante, a la expresión ideológica de cada época. Aunque no sea, como durante siglos se creyó, la lengua del Edén, por su estructura, simplicidad de sus elementos, viveza de colorido y fuerza expresiva revela su rancio abolengo y una venerable antigüedad, mayor que la de ninguna otra de las supervivientes cultas hoy habladas, que la confiere, aparte sus demás excelencias, una aureola de particular prestancia.

El español y lenguas romances todavía no alcanzan los mil años de existencia, aun contando desde sus primeros vagidos; tres mil a lo sumo podrían asignarse a los más vetustos monumentos de la literatura helénica, los poemas homéricos (por más que el arcaísmo griego se retrotraiga hasta el tercer milenio antes de nuestra era), y unos dos mil quinientos al más antiguo monumento de la lengua latina, la Ley de las Doce Tablas. El hebreo es la lengua de los patriarcas del pueblo escogido, que en las primeras centurias del segundo milenio antes de Jesucristo ya la usó verosímelmente como propia y predestinada para los más altos destinos; es la lengua que —remontando el curso del tiempo—, desgajada del tronco semítico, floreció en la tierra de Canaán, cuando, al finalizar el tercer milenio, allí se asentaron diversos pueblos semitas, procedentes tal vez de las costas del golfo pérsico o bien de ignotas regiones orientales. Sus más antiguos monumentos literarios datan posiblemente del siglo XV (según cuando se sitúe a Moisés): tres mil quinientos años. Y, sin embargo, esas antiquísimas floraciones de la lengua hebrea rutilantes de cósmicas auroras y saturadas de

aromas paradisiacos, conservan hoy, como entonces, toda su diafanidad y fresca lozanía.

Sugestiva es la afirmación del abate A. Latouche cuando, afirmada rotundamente la unidad del lenguaje humano en sus orígenes y su identidad substancial dentro de la policroma variedad, sostiene que para la demostración y afianzamiento de esa unidad ha de tomarse como arranque y meta el hebreo, “no en plan de lengua del paraíso, sino como la hija mejor conservada y la más sencilla del lenguaje primitivo”⁸. Suscríbase o no tal opinión, es innegable el acentuado primitivismo del idioma hebraico, hasta el extremo de sentirse uno tentado a afirmar que si no es la lengua primitiva —y demostrado queda no pudo serlo tal como se nos ha conservado y dada su filiación lingüística—, al menos merecía serlo, tan simple, sutil, lúcida y expresiva se nos presenta.

10. *Vehículo de múltiples literaturas*

Fue opinión muy arraigada en el Renacimiento y siglos posteriores, hasta que la lingüística conquistó su autonomía en la república de las letras, pensar que la única finalidad científica —aparte la utilidad práctica— en el estudio y conocimiento de las lenguas era su valor introductorio en los amenos y deliciosos campos de la literatura y el saber. Aunque ya hace años que “el estudio de las lenguas por sí mismas”, objeto propio de la Lingüística, ha adquirido tan extraordinaria importancia y extensión que nadie circunscribe la utilidad de los idiomas al ámbito literario, es evidente la estrecha relación que guardan la lengua y la literatura, como lo demuestran las conexiones existentes entre Filología y Lingüística. La lengua es el substrato de la literatura, su ropaje y atavío; ambas recíprocamente se influyen.

Todas las lenguas de los pueblos cultos han servido de precioso instrumento para la artística expresión de las ideas, perpetuada en bellos poemas y otros variados géneros literarios. Señálanse períodos y ciclos en la aparición de éstos, pero casi

⁸ E. A. DROUIN, *Dictionnaire comparé des langues...*, 1866, «Extrait d'une lettre écrite à l'auteur».

siempre constituyen una unidad lingüístico-literaria. Como excepción cabe señalar el latín, que después de servir de vehículo a la literatura romana, luego, al adquirir el rango de lengua ritual y oficial de la Iglesia, produjo y sigue produciendo una copiosa literatura eclesiástica, y al convertirse en lengua de la filosofía y la ciencia durante el Medievo y el Renacimiento, hasta los albores mismos de la Edad Contemporánea, ha sido el arca donde se guarda lo máspreciado del pensamiento europeo.

También supera en esto el hebreo a las demás lenguas, sin exceptuar el latín con su indicada triple literatura, si no absolutamente, al menos en cuanto a la extensión y multiplicidad. A la era bíblica, de divinos resplandores, durante un milenio largo, sucedieron la época mišnaica y la talmúdica por espacio de otro milenio, en el cual se levantó ese monumento del saber judaico, una de las obras más gigantescas del humano ingenio, el Talmud, nueva Biblia del judaísmo, tan distinto de ésta, pero tan enraizado en ella. Durante los quinientos años siguientes la lámpara del santuario se alza enhiesta en las florecientes Academias de Oriente, y se desarrolla allí una variada literatura en prosa y poesía, a compás de los trabajos de depuración y crítica textual de los Masoretas.

A partir del siglo X hasta el XV, la época hispano-judía, verdadero pre-Renacimiento en la oscura gestación ideológica de la Edad Media, da al mundo talentos de primer orden que hacen de esos siglos la época áurea de las letras hebraicas. La milenaria permanencia de los judíos en España y otros países de habla arábica influyó poderosamente en la lengua hebrea, la cual se enriqueció en su léxico, formas gramaticales y recursos poéticos merced al árabe. De esta suerte el hebreo hispano-judaico medieval ofrece características bien acusadas, frente a otras modalidades cronológicamente anteriores o posteriores. El éxodo de Sefarad lanza a los judíos españoles a otros países, en los cuales siguen dando pruebas palmarias de su inextinguible amor a la tareas del espíritu: Italia, Holanda y los Balcanes ofrecen cuantiosas producciones en lengua hebrea, matizadas de nuevas características.

Infiltrado el léxico y estilo hebreo en el habla castellana, se origina un dialecto peculiar, el *ladino* o judeo-español, no

circunscrito a ninguna región, sino patrimonio exclusivo de la gran familia sefardí, desde la baja Edad Media, amorosamente conservado como sagrada reliquia, con el natural acrecentamiento en su caudal, desde los tiempos de la expulsión, por las comunidades del Norte de Africa, países balcánicos y Oriente.

Pareja importancia, entre los asquenásies, adquirió el *idiš* o judeo-alemán, cuyos orígenes quizá se remonten al siglo XII, y que en el pasado se constituyó en un idioma de características bien definidas, con una vasta literatura, sagrada y profana.

Incomparablemente menor relieve que el ladino y el *idiš* representan otros dialectos judíos, que sin embargo, merecen mención, como el judeo-árabe, judeo-francés, judeo-italiano, judeo-griego y judeo-persa. Tan arraigado estuvo siempre en el corazón de todo israelita el amor a su lengua ancestral, cuyo diario uso litúrgico y cultural le hacía rebasar su áureo vocabulario, que en todos los países donde vivieron los judíos infiltraron numerosos vocablos en la lengua vernácula, llegando, como dejamos indicado, hasta la formación de hablas especiales, e introduciendo asimismo en el propio idioma oficial del país, como ocurrió en España, numerosos hebraísmos, todavía no plenamente dilucidados, por el atraso en que se encuentra el Diccionario etimológico en la mayoría de las lenguas.

El poderoso movimiento político y literario de emancipación conocido por la *Haškalá* (Ilustración), que es el que da fin en realidad a la Edad Media del judaísmo, originó en el siglo XVIII una nueva literatura, profundamente distinta de la tradicional, sobre todo en sus derivaciones, cuyo corifeo fue M. Mendelssohn, llamado el tercer Moisés. El hebreo empezó a tener categoría de idioma literario moderno.

Dos siglos en la historia y la ideología de la humanidad, sobre todo en el último milenio, pesan mucho y cada vez más, por el vértigo que nos acosa, de ahí que las literaturas, como fiel espejo de entrambas facetas, y las lenguas también, por consiguiente, reflejen esas mutaciones. Por eso, en las postrimerías del siglo XIX se abren a la lengua y la literatura hebraica insospechadas perspectivas, que cristalizan en nuevas formas. A compás del movimiento sionista, cuya bandera enarbola Teodoro Herzl, un gran lingüista y aurífice del idioma, Eliezer ben

Yehudá, el primer hebreoparlante en la actual fase del hebreo, promueve con denuedo el resurgimiento de la lengua santa, nunca olvidada y varias veces remozada, como habla vernácula entre los judíos. "El idioma sufrió cambios profundos y siguió desarrollándose hasta el punto de que los grandes escritores de la *Haškalá* probablemente no entenderían mucho de una página en hebreo moderno. Ese desarrollo continúa hasta el presente y se acentuó más aún desde la instauración del Estado de Israel" (EJC, VII, p. 41). Surge, en consecuencia, una novísima literatura de acusado carácter nacionalista —siempre fue en realidad eminentemente nacional la literatura hebrea, sin excluir la bíblica⁹—, pero, con todo, de más amplias perspectivas que la antigua rabinica y de horizontes ecuménicos.

En todas esas eras, períodos o manifestaciones la lengua hebrea sirve de adecuado instrumento a la proyección del pensamiento judaico, ostentando cada vez nueva e inexhausta vitalidad y renovadas galas, siempre antigua, de sabores bíblicos, y siempre nueva, a compás de las nuevas exigencias.

11. *Clave de muchas ciencias*

Literatura y ciencia comparten los amplios y ornamentados dominios de la lengua escrita. Las ciencias plasman sus principios y conclusiones en el dócil material lingüístico. Por eso se ha dicho con absoluta propiedad que, en definitiva, toda ciencia, como sistematización que es de una rama de conocimientos, puede reducirse a *una terminología bien hecha*; de ahí la capital importancia que el idioma reviste en la economía de las ciencias. Cuando una lengua carece de la flexibilidad y riqueza léxica suficientes para expresar los conceptos científicos generales o bien de una rama cualquiera, sus hablantes tropiezan con graves inconvenientes, y los orfebres del lenguaje culto tienen que crear esos instrumentos adecuados con el material preexistente de tal idioma, o recurriendo a otros afines más adelantados o bien a las ordinarias canteras de los cultismos y tecnicismos. Es lo que hicieron los traductores he-

⁹ Véase nuestro estudio, *Sentido nacional en el libro de Job*, apud *Estudios bíblicos*, vol. IX, 1.º, 1950.

breos medievales, y lo que han hecho los modernos forjadores del hebreo actual.

Consecuencia de lo dicho es que en las lenguas quedan estereotipadas las ciencias según el nivel conseguido en determinado periodo, y cada lengua es un muestrario patente de las ciencias cultivadas por el pueblo que la empleó, de tal manera que la historia de las ciencias no puede prescindir de este importante capítulo lingüístico-literario.

Varias son las que en sus mismas raíces están vinculadas con la lengua hebrea; otras se naturalizaron en ella a lo largo de los siglos. En este orden la Escriturística, o ciencia de las Sagradas Escrituras, ocupa la primacía, puesto que casi se identifica en el orden lingüístico, con la propia lengua hebrea, que es su clave, vehículo y principal instrumento. Todos los grandes doctores de la Iglesia, aun no dominando en su mayoría esta lengua, reconocieron su palmaria utilidad, o mejor su absoluta necesidad para adentrarse en el auténtico sentido literal del Antiguo Testamento, base incommovible y única para toda argumentación apologética y para cualesquiera disquisiciones de tipo alegórico, simbólico y espiritual. San Agustín y Santo Tomás, por no citar otros, lo afirman categóricamente ¹⁰.

En la Sagrada Escritura tiene su más firme cimiento la ciencia de Dios, la Teología. Gran prerrogativa es, por lo tanto, de la lengua hebrea, como mensajera de la verdad revelada, la de servir de base a esta ciencia de las ciencias; de donde se deduce que el hebreo, por este concepto, es la lengua teológica por excelencia.

También la Filosofía, la auténtica *Filosofía perenne*, la única verdadera, que tan bien representada está en los libros por antonomasia *sapienciales* de la Biblia, sobre todo en la Ética y Sociología, tiene mucho que aprender e investigar en la rica semántica de la lengua hebrea, henchida de sugerencias y recón-

¹⁰ Respecto a la exégesis rabínica siempre ha partido, como es natural, de la «verdad hebrea» hasta el extremo que los libros cuyo original no fue escrito en hebreo, o se perdió, aun conservados en versiones antiguas, como Tobías, Judit, Macabeos, no figuran en el canon judaico de las Sagradas Escrituras, aun cuando en general sean considerados por los judíos como obras provechosas, de alta edificación moral.

ditas enseñanzas. Pero aun restringiendo el concepto de Filosofía a los módulos griegos, la vasta literatura rabínica medieval nos ofrece, junto a los próceres talentos que mezclaron sabiamente los aromas del edén bíblico con las fascinadoras esencias de la filosofía griega, otros meritorios artifices del idioma, que supieron alumbrar en el precioso diamante de la lengua hebrea nuevas facetas, para expresar adecuadamente las ideas de la época. Con singular acierto dijo el sabio Isaac Newton: "No hay filosofía más sublime que la conocida con el nombre de Sagrada Escritura". En efecto, y concretando: ¡qué hermoso tratado de Pedagogía podría componerse, no solamente espigando en los libros sapienciales (en parte se ha hecho), sino incluso a base de ciertos términos hebreos. *Lamad*, "enseñar", encierra la idea de aguijón, estímulo, y tal debe ser la acción del maestro sobre el alma del discípulo; por eso dice hermosamente el Eclesiastés: "Las palabras del sabio son como aguijones" (12¹¹). *Rabbi* implica idea de excelencia, como *magister* en latín, pero con una diferencia y es que en esta última voz la superioridad es relativa, se marca solamente entre *dos* personas (eso indica el sufijo *ter*, maestro y discípulo) y en cambio el término hebreo denota una excelencia absoluta, dondequiera y ante todos. Por eso: "la voz del Rabí es la voz de Dios".

Y si pasamos a la Política de Dios y su providencia en el gobierno de los pueblos, o también a la Política humana, ¿dónde mejor que en la Biblia, y por tanto en la lengua hebrea, encontraremos luces de cielo y sapientísimas enseñanzas? ¡Qué felices serían los pueblos si sus gobernantes las siguieran!

El sabio Salomón, según testimonio expreso del Libro de los Reyes (I R 4³⁹⁻³⁴), "disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en el muro, y acerca de los animales, de las aves, de los reptiles y los peces; de todos los pueblos venían para oír la sabiduría de Salomón". Desgraciadamente, no nos queda ningún tratado salomónico sobre Botánica o Zoología; pero es lícito suponer que la esencia de esa sabiduría y de esas lucubraciones se infiltró en el vocabulario hebreo. ¡Tanto nos queda todavía por investigar en esta mina de misterios que es la lengua hebraica!

A partir del Renacimiento, o mejor de la Emancipación,

como queda dicho, el hebraísmo literario rompe las barreras del rabinismo y adquiere carácter universal y cosmopolita, cultivándose toda clase de escritos por toda clase de personas. La lengua hebrea adquiere rango de lengua europea y logra finalmente su completa reviviscencia en el hebreo actual, como adecuado instrumento para toda clase de lucubraciones intelectuales, filosóficas, científicas y literarias del mundo contemporáneo. El *Thesaurus totius hebraicitatis* de Eliezer ben Yehudá, ya terminado, y la magna Enciclopedia hebrea, en curso de publicación, son los dos monumentos colosales, entre varios otros análogos, que en el orden lingüístico sintetizan la enorme potencialidad de la lengua hebrea.

Como remate de este apartado bien podemos repetir las palabras de Elia, el famoso gaón de Vilna, rebotantes de sabiduría rabínica: "Si un hombre es deficiente en las ciencias, será cien veces más deficiente en la Torá, porque la Torá y la ciencia van juntas". Huelga decir que Torá y lengua hebrea son inseparables.

12. *Lengua santa*

Todas las lenguas tienen su vocabulario sagrado, pero *lengua santa* por antonomasia en toda su extensión, así considerada por judíos y cristianos, solamente hay una, y es la hebrea.

Si grandes son las prerrogativas y excelencias enumeradas, que tanto encumbran a la lengua hebraica sobre las demás, todas palidecen ante otra más excelsa y de rango superior, en la cual no admite parangón ni competencia, y es la de ser y llamarse lengua santa. Primeramente fue así denominada por ser la lengua litúrgica, propia del culto y lecturas sinagogaes, en contraposición a la aramea, reputada como profana. Después mantuvo esa preeminente categoría aun entre los cristianos, a pesar de ser el griego y el latín, respectivamente, las lenguas oficiales de la Iglesia griega y la romana.

En la lengua hebrea habló Dios a los Patriarcas en sus frecuentes teofanías y a su pueblo escogido desde la cima humeante del Sinaí; en ella se promulgó su Ley soberana, sus estatutos y preceptos, sus divinas revelaciones; en ella hablaron los

Profetas inspirados por el espíritu de Dios y estamparon sus oráculos y vaticinios. En esta lengua, mística y poética cual ninguna, modularon el Rey Profeta y otros eximios salmistas sus himnos de alabanza y de contrición; en ella se elevaron aquellas encendidas plegarias que en el Templo de Jerusalén subían como ardorosa llama hasta el trono de Dios. En esta lengua privilegiada se formularon las más excelsas máximas de sabiduría frente a las cuales la filosofía de las escuelas griegas es en gran parte un maremágnum de vanas e incongruentes teorías, que durante tantos siglos han extraviado la mente humana. Sobre el texto bíblico y el auténtico sentido de todas sus palabras desarrollaban luminosas explicaciones y lúcidos comentarios los doctores de la Ley, que a ejemplo del citado en la *Beraitá* (Apéndice) de R. Meir al tratado *Abót*, preferían a toda la plata y oro del mundo vivir en lugar donde resplandeciera la Torá. “Amable y deliciosa como nada en el mundo es la santa Ley de Dios”. “¡Cuánto amo tu Ley —exclama el Salmista—, es mi asidua meditación” (Sal 119⁹⁷⁻¹⁰³). “¡Cuán dulces son a mi paladar tus preceptos, más que la miel para mi boca”.

La santidad, dondequiera que se encuentre, en las personas como en las cosas, atesora una secreta virtualidad que irradia en torno. También al lenguaje alcanza ese misterioso poder; por eso las palabras de la lengua santa encierran una potencia múltiple, que jamás se extingue. Son dardos encendidos de amor divino que abrasan los corazones: “la palabra de Dios —dice San Pablo— es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4¹²). Las palabras de la Sagrada Escritura curan las heridas y los males del alma, mucho más terribles que los del cuerpo, son lenitivo para el dolor y la desesperación, ahuyentan a los malignos espíritus con mayor eficacia que el arpa davídica pulsada ante Saúl, y son un raudal inextinguible de vida y fortaleza. El divino Libro ha sido el alcázar inexpugnable de Israel durante varios milenios y lo es también de los fieles cristianos, que en él encuentran las fuentes de toda santidad.

El hebreo bíblico es también la lengua santa por otra razón: porque la única literatura que en ella se nos ha conservado es sagrada. El hombre, que tantas veces profana esta facultad admirable del habla, manchó torpemente también en todas las lenguas las brillantes producciones de la belleza literaria con obscenas procacidades que son los baldones del lenguaje. De la antigua lengua de Israel solamente nos queda su literatura sagrada; nada hay, por tanto, en ella contaminado o impuro. También en este sentido es la lengua santa, a tal extremo que, os confieso, cualquier dicharacho o salacidad en su fraseología me sonaría a profanación o blasfemia.

EPÍLOGO

En rápida síntesis he intentado bosquejar ante vosotros las excelencias y primores que atesora la lengua hebrea. Intencionadamente mi disertación o charla ha tenido tanto o quizá más de panegírico que de simple y razonada exposición erudita. No me arrepiento. Ya que hoy la ciencia, como también la literatura y el arte, se han deshumanizado hasta el punto de matar toda sombra de sentimiento, por noble que sea, en sus lucubraciones y en la exposición de las mismas, perpetrando un delito que yo calificaría de lesa humanidad, contra esa fría erudición y ese academicismo de la peor especie que hielan el alma y ponen un sudario de muerte sobre la belleza literaria y artística, he querido desbordar todos los entusiasmos de mi corazón, como fuentes de inspiración y acicates de la inteligencia y demás facultades.

Sobre el sólido cimiento de las conquistas hasta hoy logradas en la lingüística y el semitismo, con el autorizado testimonio de eminentes sabios y hebraístas y la propia experiencia investigadora y docente de muchos años, fundida en el troquel de un amor entrañable y un fervoroso entusiasmo por el hebraísmo, he intentado levantar este pequeño monumento, que ojalá fuera *aere perennius*, más duradero que el bronce y el mármol, en honor y gloria de la lengua santa. El amor es el gran numen inspirador, y el que yo profeso a esta lengua es tan grande que,

parodiando a Lutero (vid. loc. cit.), felizmente inspirado esta vez, no vacilo en afirmar como colofón de esta conferencia: "Aunque mi conocimiento de la lengua hebrea es escaso, no lo cambiaría por todos los tesoros del mundo".

David Gonzalo Maeso